

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecian, é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorótea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea, si era soñado el bien que poseia, Cardenio estaba en el mesmo pensamiento, y el de Luscinda corría por la mesma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban con-

tentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños, é intereses que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró á su amo, el qual acababa de despertar, á quien dixo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su Reyno, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió

Sancho : porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas. Y que es lo que dices loco, replicó Don Quixote, ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dixes yo, que todo quanto aquí sucedia, eran cosas de encantamiento, y no seria mucho que ahora fuese lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo, que el ventero que aquí está hoy día, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aun-

que simple y pecador, que no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixo Don Quixote, dame de vestir, y déxame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quixote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimesmo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y riéron, por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado (i). Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria (k) la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Año 1925 MONTREAL CALIF.

10292

muy léjos de aquí el Lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas (1) de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuviéron callando hasta ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe

de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y.... Quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá quando ménos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dixo á esta sazón el ventero, al qual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna manera, y Don Quixote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamórfoseo en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves

dias. No dixo mas Don Quixote, y esperó á que la Princesa le respondiese, la qual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondió : quien quiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la mesma que ayer fuí, me soy hoy : verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme ; pero no por eso he dexado de ser la que ántes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores

que estan presentes : lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo : ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España : dime, ladron vagamundo, ¿ no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza, que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora Princesa Micomicona ; pero en lo que toca á la ca-

beza del gigante, ó aloménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá quando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora Princesa dice, que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servirlos y acampañaros, respondió Don Quixote, y agradezco mucho la merced que

se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de cómedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazón entró en la venta, el qual en su trage mostraba ser christiano recien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimesmo de lienzo azul, con bonete de la mesma color: traia unos borceguíes datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalfa que desde los hombros á los pies le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de quatro años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran

por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento, y como le dixéron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia Mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodeáron á la Mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar (*m*) con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrámbas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imagináron que sin duda alguna debia de ser Mora, y que no sabia hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo

entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dixo: señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el Cautivo (*n*), os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Dorotea; esta señora es christiana, ó Mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el

alma es muy grande christiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada (o)? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Captivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quien fuese la Mora y el Captivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dixese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábica le dixo, que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo

por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conosciéron que si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindiéron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Captivo como se llamaba la Mora, el qual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al christiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja y donayre: *no, no Zorayda: María, María.* dando á entender, que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dixo, hiciéron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: *sí, sí, María, María:* á lo qual respondió la Mora: *sí, sí, María: Zorayda macange,* que quiere decir, *no.* Ya en esto llegaba la noche, y por

órden de los que venian con Don Fernando, habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda, ni quadrada en la venta, y diéron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quixote, el qual quiso que estoviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentáron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras, el Cura y el Barbero: y así cenáron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló quando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿qual de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea

que nosotros somos quien somos? ¿Quien podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventáron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme delante los que dixeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el

cuerpo. Si no véase, si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz, que es el

mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuviéron los hombres, fuéron las que diéron los Angeles la noche que fué nuestro día, quando cantáron en los ayres: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que quando entrasen en alguna casa dixesen: *paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dixo: *mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dexada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase quales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó á que por entónces nin-

guno de los que escuchán dole estaban, le tuviesen por loco; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no calienta, aloménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte

les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el qual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1 de Mayo 1891. GOBIERNO DE ESPAÑA.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata (1) del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y las letras.

PROSIGUIENDO Don Quixote, dixo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la mesma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga que viene, ó tarde, ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su

(1) *Y en que se prosigue.*

boca, que como sale del lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su exercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dexará estropeado de brazo, ó pierna: y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿quan ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de

responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es más fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar, sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razon que tengo. Pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras y letrados. A

esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las Repúblicas, se conservan los Reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las Repúblicas, los Reynos, las Monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigili-
 as, hambre, desnudez, váguido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y

estando de posta, ó guarda en algun rebellin, ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando, quando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, quantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura

pasar por tan estrecho paso al baxel contrario: y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la qual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como, ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado

este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta, en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo, pensar, si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubier-to de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dixo Don Quixote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienda (1) caballería. El Cura le dixo,

(1) Este adjetivo viene del sustantivo latino *pix, picis*, y significa propiamente cosa negra y atezada, como la

que

que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabáron de cenar, levantáron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en com-

pez: antiguamente se decia *pecemento, pecementa*. En el sentido translaticio, en que se toma aquí, significa *cosa triste, funesta, fatal*. En él dixo tambien Gonzalo Berceo:

Amanecio el sabbado un pecemento día.

(Poesias Castellanas por el señor Sanchez: tom. II, p. 427, copl. 162.) Acaso aludio este poeta del siglo XIII á aquel dicho de Horacio:

..... *Hincine solem*
Tam nigrum surrexe mihi!

Esto es:

Es posible que haya amanecido este día, ó este sol, tan negro ó tan pizmiendo para mí! (Serm. lib. 1, ecl. 9, v. 72.)

pañia de Zorayda, á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza : y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.

EN un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud : que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no